

## ACTO INSTITUCIONAL



### INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE

Buenos días, queridos compañeros y amigos todos.

Ahora llega el momento de otro de los actos más emotivos y cariñosos de este Día del Antiguo Alumno, el del nombramiento de Antiguo Alumno Distinguido 2011. Si bien todos los que hemos pasado por el Colegio somos “distinguidos”, siempre queremos hacer representativo este pequeño pero importante reconocimiento para nosotros. Como bien os imagináis resulta complicada, bastante complicada, esta elección que se lleva a cabo entre las distintas aportaciones y propuestas de todos vosotros.

Este año lo hemos plasmado en un profesor, historiador, escritor y, como lo definen sus amigos y compa-

ñeros cercanos, un gran conversador, en definitiva, un querido compañero que ha sido y es marco de referencia en la investigación histórica, con sólidos valores profesionales y humanos. Me estoy refiriendo a Luis Ribot, de la promoción de 1968. Queremos testimoniarnosle reconocimiento y gratitud por lo que significa su persona y su obra.

Quiero destacar la gran ilusión y la alegría que le causó este reconocimiento de nuestra Asociación cuando se lo comunicamos. Luis después de su educación en nuestro Colegio continuó cercano a él, muy cerca, enfrente, en la Facultad de de Filosofía y Letras donde obtuvo el Premio Extraordinario de la Licenciatura en Historia.

Posteriormente recibiría el Accésit al Premio Nacional Fin de Carrera en Historia. Seguiría, primero como profesor adjunto, titular después, y luego como catedrático en la Universidad de Valladolid que abandonaría para ser catedrático de Historia Moderna en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. También ha sido colaborador e investigador científico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Premio Nacional de Historia de España.

Quiero señalar su cercanía con la sociedad a través de su faceta de Colaborador del suplemento “El Cultural”, que publica semanalmente el diario “El Mundo”, donde realiza críticas de libros de historia.

A todo ello se une el haber sido comisario en diversas exposiciones, asesor cultural en varias entidades, haber publicado varios libros y multitud de colaboraciones en obras, artículos, presentaciones y conferencias que ratifican una extensa carrera profesional. Es miembro de número de la Real Academia de la Historia, con la medalla número 19 que fue y es ocupada por grandes historiadores, que le ha servido para darle un nuevo acicate para continuar con más ahínco y tesón en su ya dilatada carrera de historiador.

Su línea principal de investigación se ha centrado en la historia política de la España de los Austrias (siglos XVI-XVII), los dominios españoles en Italia y la guerra en dicho periodo, con especial dedicación al reinado de Carlos II (1665-1700). En el que con sus aportaciones y valoraciones ha dado un cambio de perspectiva a los estudios sobre este periodo histórico.

No me gustaría dejar sin reflejar las palabras del profesor Luis Miguel Enciso al referirse a nuestro compañero y definirle “como un intelectual exigente y cabal, urgido por la voluntad de entender y hacerse entender. En sus lecciones, como en sus escritos, han latido siempre el rigor, la sobriedad expositiva, la capacidad interpretativa, el insobornable cuño a la claridad y, en otro orden de cosas, el respeto por los puntos de vista de los demás y las imprescindibles concesiones a la estética, la imaginación o el sentimiento”.

Ya, para finalizar, no debo extenderme, es él, Luis, el verdadero protagonista, y queremos escucharle ya, solo me queda desearte que la vida te siga dando fuerzas para continuar la excepcional carrera que tienes marcada.

Toda esa brillante trayectoria ha venido precedida por la educación y formación recibida en este, que es nuestro, querido Colegio San José.

Toda esta síntesis, refleja una fecunda, extensa, fructífera y variada actividad a lo largo de su vida. Nos ha servido de referencia y de motivación para orientarnos, conocer y profundizar en los temas sobre los que ha investigado que, muchos de los cuales eran, hasta entonces, desconocidos. Le agradecemos toda esa dedicación y esfuerzo.

Muchas gracias Luis.

## DISCURSO DE ACEPTACIÓN

Cada vez estoy más convencido de que la época que permanece más fuertemente arraigada en nosotros es la infancia y la primera juventud, en que se forma la personalidad y se definen buena parte de las inclinaciones y elecciones más trascendentales de la vida. Un periodo que, tanto para vosotros como para mí, transcurrió en el Colegio de San José. En mi caso, fui alumno de los jesuitas durante solo cuatro años, los últimos del bachillerato y el curso preuniversitario. Afortunadamente, cuando había terminado tercero de bachiller, mi padre –no demasiado contento con el colegio al que yo iba– decidió mandarme al San José, cosa que nunca le agradeceré bastante. Mi formación con los jesuitas ha sido uno de los elementos esenciales de mi vida, que hubiera tomado probablemente otros rumbos de no haberlos conocido. Ellos me infundieron valores esenciales como la autoexigencia, el sentido de la responsabilidad o el afán de conocimiento, por lo que tengo hacia la Compañía de Jesús una deuda inextinguible. Entenderéis así mi agradecimiento por la generosidad que habéis tenido al elegirme como Antiguo Alumno Distinguido, y también la emoción que despierta siempre en mí el volver a pisar cualquiera de las dependencias del Colegio.

Pertenezco a la promoción de 1968. Han pasado cuarenta y tres años desde el día en que, con un desgarrero nunca del todo superado, abandoné sus aulas. En tanto tiempo, no solo han cambiado mucho las cosas, sino también las personas, muchas de las cuales ya no están en este mundo. Regreso pues a un Colegio que en muchos aspectos me cuesta reconocer. Es sin duda el mismo, pero es también distinto, como lo somos todos nosotros en relación con las personas que integraron en su día las diferentes promociones. Permitidme por ello que recuerde algunas de las características del Colegio en el que yo estudié.

Por cambiar, lo ha hecho hasta el mismo aspecto físico, pues mi colegio era bastante más grande que el actual. Poseía el amplio espacio situado en la parte de atrás del actual, entre las calles de Maldonado y

Don Sancho, al que pasábamos por un pasadizo subterráneo situado bajo la primera de ellas, al que se accedía por la parte central del edificio alargado de aulas que da al patio principal. En la superficie actualmente desaparecida, además de algunas clases de Primaria, y del Grupo Escolar -escuela gratuita, independiente del colegio, que tenía su entrada por la plaza de San Juan-, había sobre todo instalaciones deportivas: la pista de jockey sobre patines, la cancha de baloncesto, un gran campo de fútbol y la piscina, con sus vestuarios. La piscina era uno de los principales elementos de distinción del colegio, pues en los meses calurosos de finales de curso teníamos la posibilidad de disfrutar de ella, aunque con la contrapartida de que, en dicha temporada, el castigo más frecuente era el de quedarse sin baño.

Lo que más ha cambiado, sin embargo, han sido los profesores. Una diferencia fundamental con el colegio actual era la cantidad de jesuitas que nos daban clase, que vestían siempre con la sotana y el fajín propios de la orden. Al contrario de ahora, lo excepcional eran los profesores laicos, todos los cuales eran hombres, por supuesto, pues aún tardarían varios años en aparecer las primeras profesoras mujeres. Ya no queda en el colegio ninguno de los profesores que yo tuve, pues hace unos meses falleció el padre Samaniego, que nos daba religión y decía la misa de cada mañana. En la residencia de Villagarcía de Campos vive el padre Elías López Varona, que era el padre espiritual de los primeros cursos del bachillerato. De los profesores no jesuitas, vive aún don Justo Herguedas, que tenía en el colegio un hermano jesuita. No sé que habrá sido de algunos otros miembros de la orden que fueron profesores nuestros, aunque algunos de ellos han estado menos ligados a Valladolid pues ocuparon después otros destinos. Hace unos meses me encontré en Oviedo con el padre Jesús Martín Mateo, más joven que los anteriores y que fue el encargado de nuestro curso de Preuniversitario. Todos los cursos estaban entonces bajo la supervisión de un jesuita, al que se conocía en el lenguaje de la Compañía como “maestrillo”. Aunque el padre Mateo, como le llamábamos, ya debía de ser sacerdote, los “maestrillos” eran jesuitas que cumplían una de sus últimas fases de formación antes de cantar misa. Yo tuve varios durante mis años en el colegio, y a alguno de ellos, que abandonó después la Compañía, aún le encuentro por Valladolid de vez en cuando. Los encargados de cada curso formaban el primer escalón jerárquico en el control del orden, que encabezaba el padre prefecto de disciplina, cargo que, en mi época, desempeñaba el temido padre Requejo, siempre dispuesto a impartir dolorosas bofetadas, especialmente a quienes suspendían habitualmente. Pese a que yo no me contaba entre ellos, aún recuerdo con cierto estremecimiento las sesiones periódicas en que venía a “leernos las notas”.



Los cambios han afectado también a los alumnos. No solo porque en aquellos años el colegio, como todos los de entonces incluidos los Institutos, era exclusivamente masculino, sino también porque había alumnos de tres tipos: los externos, entre los que yo me incluía, los internos, que vivían en el colegio, y la categoría intermedia –aunque bastante más rara– de los mediopensionistas, que comían en él. Los alumnos internos eran bastante numerosos. El colegio de San José tenía un gran prestigio fuera de Valladolid, por lo que algunas familias de Madrid y otros lugares de España enviaban a sus hijos como internos para que estudiaran en él. Era un colegio distinguido y, como se decía entonces, de pago, que se nutría de hijos de familias de buena posición. Yo recuerdo haber tenido entre mis compañeros buen número de madrileños, aunque la mayoría de los internos procedían de pueblos y localidades de Castilla.

Pero, sin duda, lo que más ha cambiado han sido la concepción, los sistemas y contenidos de la enseñanza, lo que hoy, con la fealdad característica de los nombres que usan los educadores, se llama el sistema educativo. Es cierto que entonces el bachillerato era elitista y no universal, pero la enseñanza que nos-

otros recibimos se basaba en el esfuerzo, no tenía la pretensión, luego difundida, de “enseñar divirtiendo” y no penalizaba la memoria, sino todo lo contrario. Nosotros, especialmente los de letras, recibíamos una fuerte enseñanza clásica (griego, latín, filosofía, literatura, historia...). En cuanto a los idiomas, estábamos aún bajo el dominio del francés, que estudiábamos en profundidad, hasta el punto de que no recuerdo ningún alumno que estudiase inglés. Nuestro horario contaba con varios tiempos dedicados al estudio en grupo y con exámenes frecuentes, más o menos cada quince días, que daban lugar a las calificaciones y las temidas lecturas de notas a las que me he referido.



Asistíamos a misa obligatoria todas las mañanas, en la capilla del Colegio, a la que nos dirigíamos, al igual que a las clases, formados en dos filas y en silencio. A ambos lados de la parte trasera había sendos confesionarios, ante los que se creaban colas de tamaño variable, especialmente largas los lunes. Al menos en los primeros años, las clases de desarrollaban durante

toda la semana, incluido el sábado, por lo que solo teníamos libre una tarde, no recuerdo si la del miércoles o la del jueves. La del sábado, día dedicado a la Virgen, concluía en la capilla con la celebración de la Sabatina, al término de la cual cantábamos la salve. También en los primeros años -y luego en ocasiones especiales- asistíamos a misa al colegio los domingos por la mañana, para lo que teníamos que hacernos un uniforme azul marino con camisa blanca y corbata a rayas roja y blanca. En realidad, yo ya viví la misa dominical en el colegio como una costumbre que iba desapareciendo.

Una celebración habitual, que se repetía cada curso en el primer trimestre, era la entrega de las dignidades en el teatro Calderón de la Barca. He de confesar que nunca entendí muy bien el mecanismo de las dignidades, ni qué había que hacer para obtener una de ellas. Se concedía una dignidad por asignatura y curso, que en muchos casos tenía poco que ver con el estudio de la asignatura en cuestión y la nota final de la misma. Yo logré algunas matriculas de Honor, no muchas, pero ninguna dignidad, y lo digo aún con cierta frustración, porque lo intenté. Creo que era en buena parte un mecanismo para premiar a los alumnos de las mejores familias, pues raramente faltaban entre ellos los hijos del gobernador civil o de los delegados provinciales de este o aquel ministerio. El hecho es que las dignidades daban lugar a una gran fiesta social, a la que asistían muchas chicas, hermanas y familiares de los alumnos, lo que le otorgaba para nosotros un atractivo adicional. Cuando el maestro de ceremonias leía la lista de los distinguidos de cada curso, la banda municipal, dirigida por don Firmo Hernández, que era también director del coro del colegio y padre de un alumno de mi curso, interpretaba la danza húngara número 5 de Brahms. Las dignidades se remataban con algunos cargos de especial resonancia, al frente de los cuales estaba el llamado “príncipe del colegio”, un estudiante de los últimos cursos cuyo nombre, junto al de un pequeño grupo de alumnos destacados, figuraba en el cuadro de honor, a la entrada del claustro principal del colegio. En realidad, todas estas distinciones fueron perdiendo sentido ya en mi época, y me cuesta recordar cual de mis compañeros fue príncipe del colegio, si es que tal reconocimiento se mantuvo hasta el final de mis años en él.

Otra costumbre del colegio era la excursión anual a Macintos, una finca cercana a Valladolid cuyo propietario la cedía para tal objeto a los jesuitas. No obstante, creo que dicha fiesta estaba restringida a los más pequeños. Los mayores también teníamos nuestra excursión anual, más bien un viaje de uno o dos días, en primavera. Privativos también de los últimos cursos, aunque de un carácter completamente distinto, eran los ejercicios espirituales, que hacíamos

todos los años, de acuerdo con los diseñados por Ignacio de Loyola, en la residencia jesuítica de Villagarcía de Campos. También la Congregación Mariana, a la que yo pertencí, y que nos obligaba, entre otras cosas, a ir diariamente con media hora de antelación para rezar a la Virgen en la capilla.

El colegio siempre buscó destacar en los deportes, como lo acreditan las vitrinas de trofeos existentes en el claustro principal. Yo practiqué el atletismo – campo a través y medio fondo en pista-, y formé parte del equipo que ganó el campeonato de España escolar de fondo, creo que en 1967, si bien tal éxito no se debió precisamente a mi contribución. En fin, los recuerdos son muchos, y buena parte de ellos marcan la diferencia existente entre mi colegio y el actual, o el de las diversas promociones a las que pertenecisteis cada uno de vosotros. Este salón de actos en el que nos encontramos era también en mis años

un cine juvenil, que todos los domingos por la tarde proyectaba películas a un precio módico, una práctica que debió de desaparecer bastante tiempo después de mi salida del colegio.

Regreso a él cuarenta y tres años después y veo muchas cosas distintas. El colegio es a la vez viejo y nuevo, distinto e igual al mío. En muchos aspectos, apenas le reconozco, aunque sé bien que se trata del mismo y estoy seguro de que, en el fondo, late en él el espíritu educativo que dio origen a la enseñanza jesuítica. Por eso creo que, salvadas las diferencias, todos los antiguos alumnos formamos una misma promoción, y a todos os reconozco como compañeros. Con esta convicción y con el sentimiento de satisfacción y alegría que me produce, quiero agradecer a todos, profundamente, el reconocimiento que me otorgáis de Antiguo Alumno Distinguido. Gracias.

